



OPINIÓN



POR PABLO
CABAÑAS DÍAZ

El gobierno contra sí mismo

Hay momentos en la vida pública en los que un gobierno no tropieza por la fuerza de sus adversarios, sino por los errores de sus propias decisiones. Eso fue exactamente lo que

ocurrió con los bloqueos carreteros.

Lo que pudo haberse resuelto como un conflicto sectorial, manejable y acotado, terminó convirtiéndose en una exhibición nacional de descoordinación y debilidad.

Y no porque la oposición hubiera articulado una ofensiva eficaz —su participación fue más bien fragmentaria y oportunista— sino porque el gabinete federal se fracturó a plena luz del día, sin que ningún discurso lograra disimularlo.

En toda democracia, la oposición participa y promueve los movimientos sociales. Es parte del juego político, una normalidad elemental.

El problema no es que aparezca, sino no saber qué hacer cuando aparece.

Un gobierno que no es capaz de negociar con actores críticos, incómodos o abiertamente adversos, renuncia en los hechos a la política misma. Gobernar es lidiar con el desacuerdo, no huir de él.

Por eso resulta claro que, aunque hubo presencia opositora en algunos tramos de los bloqueos, el detonante de la crisis fue la desarticulación interna del propio gabinete presidencial.

La protesta no se volvió nacional por obra de la oposición, sino porque el gobierno respondió tarde, mal y con mensajes mutuamente contradictorios. La debilidad provino de adentro, no de afuera.

Mientras la narrativa oficial repetía que todo estaba bajo control, el país vio otra cosa: 19 estados afectados, 50 puntos estratégicos bloqueados. No fue necesario invocar a ningún "enemigo externo".

La política —la política real, no la de tribuna— exige temple, sensibilidad y coordinación. El gabinete ofreció exactamente lo contrario. La improvisación no solo agravó la crisis: la convirtió en un símbolo de incapacidad. La mejor muestra de esta ineptitud fue la actuación de la secretaria de Gobernación, Rosa Icela Rodríguez.

Su insinuación de abrir carpetas de investigación contra los líderes del movimiento fue un eco torpe, de los viejos métodos de contención del siglo XX, aquellos que hicieron famoso a Fernando Gutiérrez Barrios.

En lugar de crear un puente de diálogo, lo dinamitó. En vez de generar confianza, provocó temor y enojo.

Y cuando la presidenta Claudia Sheinbaum la desautorizó públicamente, el mensaje no fue de corrección, sino de ruptura interna: Gobernación dejó de operar como el cerebro político del gobierno para convertirse en una institución desorientada, incapaz de dialogar sin incendiar el terreno.

El caso de Julio Berdegué fue distinto, pero igual de grave. Al minimizar la protesta con cifras —"mil productores frente a cinco millones"— reveló una visión tecnocrática que confunde estadística con legitimidad.

El país no funciona en hojas de cálculo. México no se paraliza por el número de asistentes, sino por la capacidad logística, territorial y simbólica de quienes toman una carretera.

Su incapacidad para entender esa realidad dejó ver algo más profundo: un secretario desconectado del país real.

Y mientras tanto, la Conagua, bajo Efraín Morales, optó por el silencio ante demandas históricas —una nueva Ley General de Aguas, la inequidad en las concesiones, la crisis hídrica—.

Un silencio que, en política, nunca es neutral: siempre es abandono.

Al grado de tener que respaldarse en las negociaciones en Gobernación con Aarón Mastache Mondragón, subdirector de Infraestructura Hidroagrícola, quien dio la cara ante un conflicto que los rebasó desde el primer minuto.

Así terminó de configurarse un gabinete que exhibió tres

fallas simultáneas: la amenaza innecesaria, la cifra indiferente y el silencio por no saber qué informar.

Un tríptico de errores que ninguna participación opositora pudo disimular, porque fue el propio gobierno quien convirtió un problema sectorial en una crisis nacional.

Gobernar no es administrar oficinas ni recitar estadísticas desde un refugio de cristal.

Es pactar con quien piensa distinto, escuchar incluso lo que incomoda, contener el conflicto sin criminalizarlo y procesar las tensiones de la sociedad sin temblar ante el ruido de las calles.

Quien rehúye el diálogo con sus adversarios termina atrapado, no por ellos, sino por sus propios errores.

Y ahí es donde este gobierno se quedó parado: frente al espejo, descubriendo que la crisis no vino de fuera, sino de sí mismo

*pcmx2025@proton.me

La política —la política real, no la de tribuna— exige temple, sensibilidad y coordinación. El gabinete ofreció exactamente lo contrario. La improvisación no solo agravó la crisis: la convirtió en un símbolo de incapacidad. La mejor muestra de esta ineptitud fue la actuación de la secretaria de Gobernación, Rosa Icela Rodríguez... y el caso de Julio Berdegué fue distinto, pero igual de grave